

Enrique Molina

Palabras de despedida a los alumnos del Liceo de Concepción



HABEIS creído necesario, mis queridos jóvenes, ofrecerme con motivo de mi retiro de la enseñanza fiscal esta hermosa manifestación de despedida, en que se han congregado con brillo las más variadas formas del arte, y a cuya realización han contribuído también con bien escogidos números los Liceos Carmela R. de Espinoza», «Gabriela Mistral» y «Eloísa Urrutia».

Subo al proscenio de este teatro como quien asciende al ara de un templo en acción de gracias a los espíritus que lo pueblan, los de vosotros niños generosamente inspirados y los de vuestros gentiles colaboradores y colaboradoras. Siento mi alma como esponjada por la gratitud y el afecto al ser despedido bajo el signo del cariño. Agradezco particularmente al aventajado e inteligente alumno don Medardo Espejo sus hermosas palabras de ofrecimiento y al inspirado espíritu de José Pantoja su bella poesía.

Desde luego puedo deciros que mi trabajo en el liceo fué casi todos los días liviano y grato, porque siempre traté de hacerlo bajo ese mismo signo del cariño que ha sido nuestro numen en estos momentos.

Y al apreciar el sentido de este acto que me ofrecéis veo que habéis comprendido cuál fué mi orientación, hallando algún valor en mi manera de ser para con vosotros.

La tarea de un profesor y sus discípulos es como una andanza a lo largo de un camino de perfección. Unos y otros trabajan, pero el maestro tiene más de conductor y los alumnos dan a la jornada la alegría de los pájaros nuevos en las avenidas de un bosque. En esta marcha que se renueva en cada generación, hay algo de los viajes a la luna de los soñadores. Algo solamente. Los soñadores divisan el objeto de su sueño, pero no llegan a él nunca. A la perfección que buscan maestro y discípulos es posible acercarse. Por esto, reconociendo la imperfección humana, ya significa un gran bien un espíritu empapado en la blancura de la buena voluntad.

Sin embargo, no goza la buena voluntad de los mayores prestigios entre los hombres. Estos estiman sobre todo la inteligencia. Y en parte tienen razón. Constituye ella una prenda de superioridad. Pero la inteligencia sin carácter, sin los sentimientos morales que aseguran el equilibrio y una línea de rectitud a la personalidad, es fuego fatuo, es vanidad perturbadora, es antorcha que incendia y no luz que ilumina.

Mayor peligro aun podemos anotar cuando se toma por inteligencia la simple viveza, el despejo verbal o verboso, falsa manera de valorizar las facultades humanas que tal vez constituyen un defecto racial indoamericano. Pero calidad racial no quiere decir destino ineluctable e irremediable. ¿Verá el educador en las mentirillas, en las raterías, en la pereza, en los vicios del carácter o en la falta de carácter, que se cubren bajo el manto de una viveza desaprensiva, en los desórdenes que maduran a la sombra del anonimato colectivo, nada más que pequeñas malezas inevitables del jardín que se le ha encargado cultivar? ¿Se resignará a convivir con ellas como con parásitos o enfermedades incurables? Me parece que no. A las plantas hay que librarlas de las malezas que las amagan para que puedan ofrecer las flores y frutos que de ellas se esperan. Labor interminable. El jardín nunca se limpia de una vez para siempre. Por esto se ha dicho quizás que el espíritu es acción continua. El educador depura hasta don-

de alcanza la arcilla animada que recibe, arcilla animada de muchachos a quienes estimula para que en su ascensión de perfeccionamiento saquen fuerzas de sí mismos, a fin de ir entregando cada vez individuos mejores a la sociedad que, en forma de Estado y condicionada por la tradición nacional, es la patria.

Constituyen ejecutorias de pechos jóvenes ser espontáneo y sincero, pero no conviene malgastar estas bellas cualidades estrellándolas contra asuntos pequeños o susceptibilidades personales.

Para las pruebas de la vida, que nunca faltan, no se conocen mejores sostenes de la voluntad, sabedora ya de sus responsabilidades, que los buenos hábitos, los buenos libros y los afectos.

El hombre es un animal de hábitos. En la formación de ellos se realiza hasta cierto punto el mito de Platón de que cada alma elige su destino. Los malos hábitos son tiranos que nos subyugan y encadenan hasta aniquilarnos. Los buenos, en cambio, forman una legión secreta de infatigables auxiliares. Distribuidos a lo largo de nuestros nervios y en guarniciones en los principales centros del organismo nos conducen y nos salvan silenciosamente con la seguridad del instinto.

¿Qué no se ha dicho de los libros? De que sean buenos o malos, adecuados a la edad, temperamento y circunstancias del lector, puede depender el porvenir de un joven. No importa tanto leer mucho como leer bien y pensar mucho. El bagaje de una amplia ilustración es conveniente para ejercitar sobre bases sólidas las facultades del pensamiento. En el campo de la especialización científica esa ilustración debe llegar hasta las más recientes informaciones, pero, fuera de semejante limitado recinto, no es posible pretender saberlo todo. En lo vasto de la existencia en general, donde hay que hacer uso del arte de vivir, que es difícil, las cosas más importantes son el buen criterio y la rectitud del ánimo. Pensar bien y ser justo, la claridad de juicio y la ecuanimidad del corazón, constituyen virtudes que se dan la mano y

ante las cuales hay que deponerlo todo. No son siempre virtudes fáciles de practicar. Exigen a veces el sacrificio de los fuegos artificiales del ingenio; otras obligan a suspender una opinión precipitada, y declaran aún bastardo e indeseable, el progreso que se quiere imponer atropellándolas.

La ternura de una madre y de un padre, la sana camaradería de hermanos y amigos, las cordiales relaciones de profesores y discípulos, el amor de una mujer figuran entre los más ricos tesoros que nos puede brindar la existencia. ¡Qué suerte es vivir con el alma encendida por la llama interior de tales amores! Ellos completan los ideales superiores que podemos perseguir y aumentan nuestras energías para luchar por éstos. Pero así como un vino generoso no se puede saborear sino en una digna copa, los grandes afectos reclaman del alma que esté, como una copa de fino cristal, limpia y pura para recibirlos, para ser capaz de apreciarlos y gozarlos. Mas puede a la inversa suceder también que sea el calor de un gran sentimiento el que venga a depurar el cristal del alma.

Mis años del Liceo son un pasado de hoy, son un pasado presente. La fragua del tiempo consumirá con rapidez los recuerdos de contrariedades ocurridas, pequeñas contrariedades, y en la pantalla de mi conciencia van a desfilan tan sólo las imágenes de lo mucho bueno y grato que debo a estas aulas. El camino hacia ellas será para mí en todo momento blando, nada más que ecos agradables me saldrán aquí al encuentro, y el lazo que me continúa uniendo a mis amigos del profesorado y a vosotros, queridos jóvenes, hace menos penosa la nostalgia de mi alejamiento. Conozco vuestras inquietudes y esperanzas. Compartiré vuestros triunfos y sufriré con vuestros fracasos. Así como hay gabinetes con ministros sin cartera, espero tener el honor de ser para vosotros una especie de profesor sin cátedra; vale decir, un profesor que, prescindiendo de las obligaciones precisas del cargo, se reserva el magisterio de servir como un buen amigo.

Aun con aquéllos de vosotros que desparrame la vida por

rutas lejanas, ese lazo de unión, aunque invisible, no será por esto menos efectivo. Nuestras almas, las de todos nosotros, no necesitan darse citas determinadas para encontrarse en el porvenir. Siguiendo las trayectorias que hemos buscado siempre, se congregarán por sí solas donde haya una verdad que proclamar, una belleza que admirar, una injusticia que combatir, un bien que hacer.